

Lluvia del norte

Daniel Quirós



**Editorial
Costa Rica**

DANIEL QUIRÓS

© Editorial Costa Rica

Teléfono: (506) 22 33 08 12. Fax: (506) 22 33 50 91

Apartado postal 10 010-1000, Costa Rica

Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com

www.editorialcostarica.com

Dirección editorial y producción: Marianela Camacho Alfaro

Diagramación: Marta Lucía Gómez

Diseño de colección: Priscila Coto

Diseño de portada: Felipe Fernández

Editorial Costa Rica, San José, 2014

Derechos reservados conforme
a la Ley de Derechos de Autor
y Derechos Conexos. D. R.

C.R.863.44

Q88L

Quirós Ramírez, Daniel

Lluvia del norte / Daniel Quirós Ramírez. -- 1ª ed. --
San José : Editorial Costa Rica, 2014.

188 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-9968-684-56-9

1. Novela costarricense I. Título.

SINABI/UT

14-32

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.

Para Christine

«El cadáver de un hombre, con 27 heridas de puñal en el pecho, la espalda y la cara, fue hallado ayer en la mañana en una finca en Santa Cecilia, La Cruz, Guanacaste... La víctima no portaba documentos. El Organismo de Investigación Judicial (OIJ) no había logrado identificarlo. En principio, las autoridades creen que se trata de un hombre nicaragüense que laboraba en ese cantón, fronterizo con Nicaragua... Lo que más llamó la atención de las autoridades es la cantidad de heridas que presentaba. Según el jefe policial, tenía lesiones punzocortantes en la espalda, en el pecho y en la cara. “Le sacaron los ojos, tiene demasiadas heridas”, informó el comisionado...».

Nicolás Aguilar R. y Markus Bruinsma para
La Nación. 01 de junio 2010.

I

Llueve. Llueve y no puedo dormir. Es la maldición de la época. Empiezan las lluvias y va creciendo mi insomnio. Las gotas caen sobre las latas de zinc y es como si entre sus ecos se fueran escondiendo todos esos años muertos. Rostros y más rostros, sonidos dispersos, conversaciones perdidas entre las bóvedas del inconsciente. Tal vez es que los años se han ido agrandando en mi conciencia, el tiempo de repente vaciado de esa impaciencia que es la juventud, cuando todo parece estar sobre el horizonte de las cosas. Ahora la vida me ha enseñado que no hay respuestas escondidas entre los huecos del tiempo. No hay razón de ser, ni revelaciones. Solo este silencio. Esta vejez de mierda.

Los primeros años traté de luchar contra el insomnio. Tomaba té de manzanilla, guaro, pastillas. Pero nada surtía efecto. Al final siempre terminaba sobre el colchón, escuchando el viento buscar algo entre los pasillos. Recuerdo que en la capital la lluvia siempre me ayudaba a conciliar el sueño. Parecía apagar los sonidos de la calle, como si despojara las aceras de toda su suciedad. Pero aquí el eco de las gotas crece, parece magnificarse entre las llanuras y los bosques secos frente al mar.

Ahora me entrego al insomnio. Abro la ventana y dejo que la luna encienda el cuarto lentamente. Luego fumo. Pienso y fumo. Veo las espirales de humo crecer en la penumbra del cuarto mientras recuerdo los años de lucha en la Revolución en Nicaragua, la vuelta a Costa Rica, los años de burocracia absurda en el INS y la mudanza a Guanacaste. A veces también leo. Busco libros entre los estantes viejos, sus páginas manchadas por las goteras que se abren en el cielorraso durante esta época. Con cada aguacero van creciendo, y tengo que ir a la cocina por palanganas que reparto entre los rincones de la casa. Luego vuelvo a la cama y sigo leyendo, mientras las gotas caen como tumbas sobre el plástico de colores.

Pero hoy no puedo leer. Solo fumo; la lumbre del cigarrillo iluminando la noche intermitentemente. Ojos apagados me auscultan a través de la oscuridad, desde otro lugar del tiempo. Las gotas siguen cayendo y casi puedo ver el cuerpo sobre las orillas de aquel riachuelo sucio, cargado de deshechos e indiferencia. Lo veo y por un instante pienso haber olvidado su nombre. ¿Cómo olvida uno esas cosas? ¿Cómo se llega a olvidar? Tomo largas chupadas del cigarrillo y luego siento la palabra surgir como una revelación inútil: Antonio. Toni. Será que me estoy haciendo viejo, pienso. O será que me ha dejado de importar.

Lo habían encontrado una mañana por el lado de Hernández, cuando por fin hubo una tregua en las lluvias. Había llovido más de una semana sin parar. Uno de los peores inviernos en muchos años, decían los locales de la zona, una comunidad de escasas trescientas personas, que aunque respondía al nombre de Paraíso, se encontraba más al sur de ese pueblo, sobre la costa. Todos los días llegaban al bar de doña Eulalia como animales perdidos, buscando refugio y alguna manera de lidiar con ese aburrimiento peligroso que suele acompañar los días de encierro. Yo iba también. Me sentaba en una de las mesas a leer y tomar

cerveza; si no me acomodaba frente a la barra a conversar con los pescadores. Del otro lado de la calle se veían sus barcas sobre la arena, amarradas las unas a las otras para que no se las llevaran las olas cargadas con hojas y troncos viejos. Igual habían desaparecido varias de ellas. El mar se las tragó, sin dejar rastro. Las demás habían sido cubiertas con lonas de plástico azul. Bajo el cielo gris parecían algún tipo de monumento extraño al silencio, construido de madera, barro y sal.

Y es que el mundo entero parecía prepararse para un nuevo diluvio. Hasta a la señora de al lado –una testigo de Jehová– le había dado por venir a predicar al bar. Decía que había que prepararse para los últimos días: el fin estaba cerca. Pensé que tal vez tenía razón, porque en la televisión sobre la barra solo pasaban imágenes apocalípticas por Telenoticias: campos de arroz y caña de azúcar inundados, derrumbes y las corrientes de ríos desbordados.

Por unos días la entrada a Marbella había quedado cortada. Se cayó el puente que unía la zona a la calle principal, una ruta de dos carriles recién pavimentada, que hacia el oeste se dirigía a Paraíso y la costa, y al este hasta Veintisiete de Abril y Santa Cruz. La única manera de acceder a la costa hacia el sur era por dentro, entre calles que no eran mucho más que trillos abriéndose campo entre potreros desolados, con trechos de barro tan intensos que solo los 4x4 más bravos podían pasar. Cuando las lluvias por fin se calmaron, varios choferes tuvieron que ir a rescatar sus carros de los tramos más difíciles. Ahí habían quedado, a media calle, atrapados sin rumbo como entre las manos de algún muerto.

Por lo general así era cuando se calmaban las lluvias. La gente salía a buscar lo que había perdido: láminas de zinc, animales extraviados, herramientas viejas, juguetes, ropa y utensilios. Era como si se convirtieran en carroñeros de sí mismos, buscando entre la luz del día los pedazos de su cotidianeidad en ruinas.

Arreglaban, caminaban, buscaban. Y entonces también encontraban lo inesperado, lo que nadie quería encontrar.

Pero aquella mañana no hubo que buscar demasiado. El cuerpo ni siquiera se había ocultado. Estaba a plena vista, a las orillas de un riachuelo que los locales usaban como basurero informal. Lo había encontrado una niña de diez años que se dirigía a la escuela, situada a solo cien metros del lugar del crimen. La niña, que se llamaba Luisa, vivía cerca de San Francisco, un pueblo a orillas de la carretera entre Hernández y Veintisiete de Abril. Había salido del pueblo temprano, como todos los días, porque solo así lograba completar la caminata de casi una hora hasta la escuela. A veces tenía suerte, le alcanzaba para pagar uno de los buses escasos que pasaban por ahí. Si no algún chofer local le daba un aventón. De hecho, esa mañana la había recogido Pablo Escalón, un hombre que trabajaba de capataz en la Finca El Sancoyo. Escalón iba para Tamarindo a comprar algunas medicinas en la veterinaria porque uno de los toros se les había enfermado. Había visto a la niña caminando a un lado de la carretera y paró para llevarla.

Gracias a eso Luisa llegó temprano, y como tenía tiempo, se dirigió al río donde a veces jugaba con los otros niños durante el recreo. Bajó a la orilla por el caminito entre el bosque, como siempre buscando las mariquitas que salen a asolearse después de las lluvias. En vez de eso, encontró una camisa manchada de sangre y un par de bolsitas de plástico llenas de polvo blanco, que inicialmente confundió con sal para untarles a los mangos celes. Diez metros más adelante estaba el cuerpo, boca arriba, los ojos abiertos, como si el hombre aún buscara formas entre las nubes del cielo azul. El estómago del hombre estaba abierto de par en par, algunas vísceras regadas entre flores que empezaban a nacer, llenas de moscas y humedad. Después Luisa le diría a uno de los policías que la escena le recordó los cerdos que mataban en el pueblo para las fiestas de fin de año. Nada más que este era un hombre, y no había ninguna fiesta.

El muerto resultó ser Antonio Rivas, hijo de María Rivas, una conocida que vivía por el lado de Venado. Cuando recién me había mudado a la zona, María venía de vez en cuando a casa a hacer la limpieza. Para ese entonces llevaba ya varios años en el país. Se había venido de ilegal desde Nicaragua a fines de los ochenta, en busca de algo mejor, aunque eso significara pasar de ser maestra a barrer pisos. Cruzó la frontera por el lado de Boca San Carlos, acompañada por un coyote y un grupo de quince nicas, todos del lado de Masaya. Pasó un tiempo en Liberia; luego en Tamarindo, donde tenía una amiga. Al tiempo se mudó a Venado porque decía era más tranquilo.

Por esa época yo no tenía mucho dinero, así que le intercambiaba algunos días de limpieza por clases de inglés. En los años que pasé luchando en la Revolución, había conocido algunos periodistas gringos con los que había hecho amistad. Ellos me enseñaron algunas frases, por lo menos lo suficiente para madrear a los aviones que nos bombardeaban, y a un par de tejanos con terrenos por la frontera que todo el mundo sabía trabajaban para la CIA. Cuando volví al país en los ochenta, tomé clases formales en el Centro Cultural. Después seguí estudiando cuando me mudé a Paraíso, traduciendo novelas malas que dejaban tiradas los turistas en un café por la vecindad.

A María el inglés le había ayudado a conseguir un trabajo de salonera en uno de los hoteles nuevos de la zona; un desarrollo inmenso que le prometía a sus huéspedes la piscina más grande en todo Centroamérica. Las clases eventualmente terminaron, pero igual María siguió pasando por mi casa de vez en cuando. Llegaba a tomar café y me contaba historias de su familia y de su pueblo. Si no hablábamos de libros o de política. Tal vez nos ayudábamos a luchar un poco contra la soledad o quizás simplemente era una manera de lidiar con la nostalgia por aquel país que alguna vez había prometido algo. En fin, un par de viejos a quienes los había dejado el tren.

Por el año dos mil, se vino una hija de ella que ahora vivía en San José. Antes había llegado Antonio, que trabajaba en una procesadora de naranjas cerca de Liberia. Por lo menos dos veces al mes bajaba a ver a su madre y a veces me invitaban a comer o tomar cerveza. Gente trabajadora, humilde, a quienes no les gustaba meterse con nadie. Por eso cuando escuché lo del asesinato pensé: qué mierda que tenía que ser nica.

El Gato llegó a buscarme al bar de doña Eulalia. Era un hombre fornido e inteligente, de facciones indígenas, que había adquirido su apodo gracias a unos ojos verdes que nadie en su familia supo decir de dónde había sacado. Trabajaba para la Fuerza Pública, donde hacía poco lo habían ascendido a sargento, aunque oficialmente se decía haber eliminado el sistema de rangos militares. Se acababa de enterar de la muerte por la radio y dijo que me interesaría saber quién era el finado. Al parecer uno de los maestros que llamó a la policía reconoció a Antonio. Su hermana trabajaba con María en el hotel. Yo a veces echaba una mano en cuestiones así, todo extraoficialmente, por supuesto. También de vez en cuando los locales me buscaban para que los ayudara con alguna cuestión: drogas, asesinatos, robos, personas desaparecidas. Ese tipo de cosas. Los trabajos no pagaban mucho, pero aunque sea dejaban algunos colones para pagar las cuentas. También ayudaban a luchar contra el hastío que se alzaba en esas horas largas, tan diferentes a las de la capital.

Duramos unos veinte minutos en llegar a la escena del crimen en la moto del Gato. Hacía poco la Fuerza Pública se la había asignado para que patrullara la zona, ya que en verdad no había otra manera de estarse moviendo entre tanto espacio abierto. De hecho el asesinato había acontecido algo fuera de su área, pero como casi no había personal, a veces lo llamaban de otros pueblos para que fuera a ayudar. A medio kilómetro del lugar ya se veían patrullas de Tamarindo a un lado del río,

también algunos policías de Villarreal. Bajé de la moto a los cien metros y el Gato siguió solo. La mayoría de los policías de la zona me conocía –o más bien me toleraba– pero tampoco podían darse el lujo de estarme incluyendo en asuntos oficiales, mucho menos con tanto público. Así que antes de llegar al río bajé por otro sendero, a unos metros de la muchedumbre al lado de la carretera.

La vegetación había crecido desmesuradamente. Todo se veía verde, brillante, y la humedad parecía colgarse de todo. Cerca del río –que no era mucho más que un riachuelo crecido gracias al invierno– empecé a escuchar las voces de los policías en la otra orilla. El área había sido acordonada, pero el cuerpo aún seguía descubierto. Parecía algún tipo de maniquí absurdo, tirado entre la basura que los locales arrojaban junto a las aguas grises. Un par de policías trataba de ahuyentar a los perros que se acercaban a la escena del crimen. Otros fumaban fuera del área demarcada, conversando en susurros bajo la sombra de un malinche en flor. El Gato inspeccionaba el área alrededor del cuerpo, tratando de no perturbar nada. Desde la altura del puente de madera sobre la carretera, un grupo de maestros, niños en uniforme, jornaleros y transeúntes luchaba por ver algo sobre las cabezas de los otros policías. Todo un espectáculo.

La vegetación densa me permitía algo de camuflaje, de modo que los policías del otro lado no me podían ver. De por sí no parecían muy interesados en lo que pasaba a su alrededor. Para ellos estaba todo muy claro. Un nica menos. Al final solo drogas y crimen traían al país. Y no solo nicas –aunque a ellos siempre les caía la bronca–, sino toda clase de gringos, europeos, colombianos, dominicanos. Cada vez había más. No era de sorprenderse que alguno de ellos terminara mal. ¿Y es que para qué matarse cargando sacos de cemento bajo el sol cuando se podían hacer más de mil dólares al mes vendiéndoles bolsitas de droga a turistas y nacionales que bajaban de fiesta a la playa?

Si no uno trasportaba algunos paquetes o servía de mula para llevar la droga a Nicaragua. De ahí las rutas invisibles continuaban hacia Guatemala, México y el famoso Norte, el mercado de drogas más grande del mundo. Con un solo viaje uno quedaba listo. Podía fundar su negocito, abrir su pulpería o bar. Por lo menos eso era lo que decían. El mito de siempre. Demasiadas veces lo había escuchado. Y aunque a algunos les resultaba, la mayoría terminaba muy mal. Igual seguían tratando, alentados por la pobreza que al final es la única democracia.

Pero Toni no era de esos. O por lo menos eso pensaba en aquel momento. Además todo olía muy mal. Demasiado arriesgado el crimen, en un lugar tan abierto, cerca de varios pueblos y a unos metros de la escuela. Nadie le abre el estómago a alguien así, tan cerca de todo, a menos de que quiera enviar algún tipo de mensaje, más con todos los espacios recónditos a solo kilómetros del lugar, donde hasta los peores gritos nunca serían escuchados. Además, ¿qué tipo de persona en el negocio deja bolsitas de droga convenientemente regadas cerca del cadáver? ¿Matar por dinero y después dejar las ganancias tiradas? Tal vez estaban apurados, nerviosos, pero el cadáver no indicaba eso. Estaba demasiado bien puesto, como en una vidriera invisible, listo para ser expuesto al público de un bulevar. Además no parecía haber nada que delatara un trabajo apresurado. Todo parecía metódico, nítido, un espectáculo creado a conciencia.

El Gato pensó lo mismo. Dijo que no había encontrado mucho alrededor del cuerpo. Nada parecía fuera de lugar. No había cartuchos de balas, armas o señal alguna de resistencia. Además cualquier objeto abandonado sería difícil de diferenciar de los cientos de artículos botados alrededor del cuerpo. Gracias a las lluvias, el lugar se había convertido en un gran barrial, cubierto por cientos de huellas: de estudiantes, de gente del pueblo, de cualquier persona que se acercara a tirar algo en el basurero improvisado. Dado que no se veían demasiadas

manchas de sangre, lo más seguro era que el cuerpo había sido traído de otro lugar, luego abandonado frente al río. Más que eso era difícil saber.

—¿Qué dice la ley? —le pregunté al Gato. Para ese entonces fumábamos bajo la sombra de un roble, a unos metros de la muchedumbre. El Gato exhaló con fuerza y contestó:

—Pues no mucho, don Chepe; usted sabe cómo es. Aquí nadie sufre mucho por los nicas muertos. Demasiados cadáveres sin nombre. Más bien se sorprendieron de que yo supiera quién era el finado.

El Gato dijo haber ofrecido avisarle a la madre. Todos los otros policías habían quedado aliviados. Claro, pensé, les daba pereza tener que ir hasta Venado solo para eso.

A la media hora llegaron dos investigadores del OIJ. Hicieron las preguntas de siempre, tomaron sus fotos, examinaron el cadáver y sus alrededores. También recolectaron evidencia para los supuestos expertos forenses. Un gasto de tiempo, en verdad, porque con las lluvias y el paso de tanta gente, qué iban a encontrar. Le dijeron al Gato que transportarían el cuerpo a la Unidad Médica Legal de Liberia, donde la madre podía pasar a reclamarlo después de la autopsia. La investigación sería coordinada por una de las fiscales de la zona. Habría que esperar y ver. Pero el Gato y yo sabíamos que no llegaría a mucho. No había pistas claras ni razón para continuar. En un lugar con muchos crímenes y pocos fondos, un nica ilegal, además posiblemente ligado a la venta o tráfico de drogas, no era la gran prioridad. Ya habíamos visto infinidad de casos así, todos sin resolver.

Cerca de la una volvió la lluvia. Ya para ese entonces se habían llevado el cuerpo y los pocos curiosos salieron en busca de algún techo para refugiarse del aguacero. El Gato y yo regresamos a Paraíso. De camino empezó a llover con más fuerza y tuve que cerrar los párpados para que el agua no hiciera mis ojos arder.

Mientras tanto el Gato luchaba por ver algo entre las ráfagas de lluvia, a la vez esquivando los cientos de huecos que había sobre la carretera. Cuando por fin llegamos al bar de doña Eulalia, estábamos completamente empapados. El Gato continuó a casa de María y yo pasé a la barra a tomarme algo. Pedí un guaro sin ligue y saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo de los *jeans*. Estaban deshechos. Uno de los pescadores me pasó su paquete de Derby. Odiaba los Derby, pero ni modo. Encendí el cigarrillo y después me tomé el guaro de un trago. Pedí otro, pensando que en ese momento el Gato estaría llegando a casa de María.

—Bien duro perder un hijo así, don Chepe —dijo doña Eulalia al alcanzarme el segundo trago—. Uno siempre espera irse después de ellos, no importa en qué anden metidos... Dios acompañe a María.

Ya para ese entonces la mitad de la zona sabía del crimen. La lluvia seguía cayendo y por el área empezó a desatarse la predecible ola de xenofobia gracias a las bolsitas de droga que habían aparecido junto al cuerpo. Nada se escapa en los pueblos pequeños. Infierno grande, como dicen.